

Obsesión

Jonathan Kellerman

Traducción de María del Mar Orozco Roselló



Para Faye

Patty Bigelow odiaba las sorpresas y hacía todo lo posible para evitarlas. Dios tenía otras ideas.

El concepto de Patty de un ser supremo estaba a medio camino entre el «Ho, ho, ho» de Santa Claus y el ojo de fuego de Odín lanzando rayos.

Una cosa u otra, era un tío con barba blanca durmiendo en las nubes que, dependiendo de su humor, repartía regalos o jugaba a las canicas con los planetas.

Si le hubieran insistido, Patty se habría definido como agnóstica. Pero cuando la vida se ponía patas arriba, ¿por qué no ser como todos los demás y culpar a una fuerza suprema?

La noche en que Lydia le dio la sorpresa, Patty llevaba en casa un par de horas intentando relajarse después de un duro día en la unidad de Urgencias. Se regaló una cerveza, luego otra y cuando eso no funcionó, se sumergió en *The Urge*.

Primero se puso a ordenar el apartamento, hizo todas las cosas que no necesitaba hacer y acabó en la cocina utilizando un cepillo de dientes para raspar el cemento blanco de la encimera, limpió el cepillo de dientes con un cepillo de alambre que luego lavó con agua caliente hasta que quedó limpio. Seguía algo tensa, así que se guardó lo mejor para el final: arreglar los zapatos, pasarle un trapo a cada mocasín, zapatilla y sandalia, limpiarlos con una gamuza, ordenarlos por color y revisarlos, asegurándose de que todos tenían las puntas hacia fuera con exactamente el mismo ángulo.

Cuando estaba con las blusas y los suéteres... sonó el timbre.

La una y veinte de la madrugada en Hollywood, ¿quién diablos podía ser?

Patty se sintió molesta, luego nerviosa. Tenía que haber comprado aquella pistola. Cogió un cuchillo de trinchar y fue hasta la puerta; se aseguró de utilizar la mirilla.

Vio el cielo negro, no había nadie allí fuera... ah, sí, allí estaba.

Cuando se dio cuenta de lo que Lydia había hecho, se quedó allí de pie, demasiado atónita como para echarle las culpas a alguien.

Lydia Bigelow Nardulli Soames Biefenbach era la hermana pequeña de Patty, pero había vivido mucho más a sus treinta y cinco años de lo que esta quería pensar.

Años de marginación, de camarera, de correr por el mundo siguiendo a tal o cual cantante o en el asiento de atrás de una Harley. Las Vegas, Miami, San Antonio, Fresno, México, Nuevo México, Wyoming, Montana. Sin tiempo para postales o para alguna llamada a su hermana, la única vez en que Patty tenía noticias de Liddie, había dinero de por medio.

Lydia fue rápida en hacerle saber que los arrestos solo eran tonterías de mierda, nada serio. Era su respuesta al silencio de Patty, cuando la llamaba para que fuera a buscarla al calabozo de algún pueblo en medio del campo y le sonsacaba el dinero de la fianza.

Siempre se lo devolvía, Patty se lo agradecía. Y otra vez la misma canción, seis meses más tarde y hasta el día de hoy.

Liddie podía ser eficiente cuando quería, pero no en lo relativo a los hombres. Antes, durante y después de los tres estúpidos matrimonios que tuvo, desfilaron una serie inacabable de perdedores de mirada vacía, dedos con uñas sucias, tatuados y con pirsin, a los que Liddie insistía en llamar «caris».

Todos estos imbéciles alrededor y milagrosamente sólo una criatura.

Hace tres años, Lydia pasó veintitrés horas empujando hacia fuera a su bebé, sola en algún hospital osteopático en las afueras de Missoula. Tanya Marie, dos kilos y cuatrocientos cuarenta gramos. Lydia le envió a Patty una foto de un bebé y Patty le envió dinero. La mayoría de recién nacidos están rojos y parecen monitos, pero este parecía muy guapetón. Dos años después, Lydia y Tanya aparecieron en la puerta de la casa de Patty, dejándose caer de camino a Alaska.

Ni palabra del porqué iban a Juneau, de si conocían alguien allí o si Liddie estaba limpia. Ninguna indirecta sobre quién era el padre. Patty se preguntaba si Lydia lo sabría.

Patty no era una de esas personas a las que le gustan los niños y se le puso un nudo en la garganta cuando vio a la pequeña agarrando la mano de Liddie. Esperaba encontrar una mocosa salvaje, dadas las circunstancias. Su sobrina resultó ser dulce y silenciosa, con un bonito pelo ralo de un color entre blanco y rubio, unos ojos verdes llenos de curiosidad como los que podría tener una mujer de mediana edad y unas manos que no paraban.

«Nos hemos dejado caer», se convirtió en una estancia de diez días. Patty acabó por pensar que Tanya era un encanto y no una molestia, pasando por alto la peste a pañales sucios.

Tan inesperada fue su llegada como el anuncio de Liddie referente a su partida.

Patty se sintió aliviada, pero también disgustada.

—Lo has hecho bien, Lid, es realmente toda una señorita.

De pie en el umbral de la puerta, mirando cómo Lydia tiraba de la niña con una mano y arrastraba una maltrecha maleta con la otra. Un taxi amarillo esperaba con el motor en marcha en la acera, escupiendo humo tóxico. El ruido aumentó en la parte baja del bulevar. Al otro lado de la calle, un vagabundo paseaba arrastrando los pies.

Lydia se apartó el pelo y sonrió. Su preciosa sonrisa de antaño estaba desfigurada por dos dientes frontales a los que les faltaba un trozo bastante grande.

— ¿Una señorita? ¿Quieres decir que no es como yo? Pat.

—Oye, para. Tómatelo como lo que ha sido —respondió Patty.

—Eh. Soy una guarra y me enorgullezco de ello —dijo Lydia golpeándose el pecho y contorneando el culo. Soltó una carcajada tan alta que incluso el taxista giró la cabeza.

Tanya apenas tenía dos años, pero debía saber que la reacción de su mamá estaba siendo poco apropiada porque hizo una mueca.

Patty quería protegerla.

—Todo lo que quise decir es que es estupenda, puedes traerla siempre que quieras.

Sonrió a Tanya, pero la niña miraba hacia la acera.

Liddie se rió.

—¿Incluso con todos esos pañales llenos de mierda?

Ahora la niña miraba fijamente a lo lejos. Patty se le acercó y le tocó la parte de arriba de su cabecita. Tanya empezó a retroceder, luego se quedó inmóvil.

Patty se inclinó ligeramente y le habló bajito.

—Eres una niña buena, toda una señorita.

Tanya cruzó las manos frente a ella y puso la sonrisa más lastimosa que Patty había visto en toda su vida.

Como si una voz interior le hubiera enseñado a tocar los puntos clave del protocolo entre sobrina y tía.

Lydia repitió:

—¿Incluso con los pañales llenos de mierda? Perfecto, lo recordaré, Pat, por si por una casualidad pasamos alguna vez por aquí cerca.

—¿Qué hay en Juneau?

—Nieve.

Lydia se rió y sus pechos saltaron, apenas los sujetaba una camiseta rosa chillón con la espalda al aire. Ahora tenía tatuajes, demasiados. Su pelo parecía seco y basto, el contorno de los ojos se había arrugado y aquellas piernas largas de bailarina se estaban convirtiendo en unos muslos fofos. Todo esto y los dientes rotos gritaban «Chica fácil». Patty se preguntaba qué pasaría cuando la belleza de Lydia empezara a extinguirse.

—¡Cuídate! —exclamó.

—Sí, claro —respondió Lydia, mientras cogía a la niña por su pequeña muñeca y la empujaba hacia el coche—, tengo mi propia forma de hacerlo.

Patty fue tras ellas. Se inclinó para mirar a los ojos a la niña mientras Lydia llevaba la maleta al taxi.

—Encantada de conocerte, pequeña Tanya.

Aquello sonó poco simpático. Pero, ¿qué sabía ella de niños?

Tanya se mordió el labio, apretó con fuerza.

Ahora, estaba allí, trece meses después, una calurosa noche de junio. Algo apestaba en el aire, Patty no sabía el qué y la niña estaba de nuevo en su puerta, más diminuta que nunca, vestía unos vaqueros demasiado grandes y una camiseta blanca desgastada, tenía el pelo más rizado, más amarillo que blanco.

Penetrante y persistente, exactamente de la misma manera. Sujetaba una orca de peluche medio descosida.

Esta vez, miró directamente a Patty.

Un ruidoso coche rojo, un Firebird, estaba aparcado exactamente donde lo estuvo el taxi. Uno de esos modelos trucados con un alerón, neumáticos gruesos y algo metálico sonando bajo el capó. El capó traqueteaba como un corazón en fibrilación.

Mientras Patty se acercaba al coche, el Firebird salió a todo gas, el rubio platino de Lydia apenas visible a través del cristal tintado del asiento del copiloto.

A Patty le pareció que su hermana saludó con la cabeza, pero siempre le quedó la duda.

La niña no se movió.

Cuando Patty volvió donde estaba ella, Tanya metió la mano en un bolsillo y sacó una nota.

Papel blanco del barato, membrete en rojo del Hotel Crazy Eight Motor, Holcomb, Nevada.

Bajo este texto, la letra de Lydia, bastante bonita para alguien que solo llegó a secundaria. Lydia nunca se esforzó por aprender a redactar correspondencia ni nada durante aquellos nueve años, pero las cosas le fueron bien.

La niña empezó a lloriquear.

Patty le cogió la mano, fría, pequeña y suave, y leyó la nota.

*Querida hermana mayor:*

*Dijiste que era una señorita.*

*Quizá contigo pueda llegar a serlo.*

*Tu hermana pequeña.*

—No es el quién —dijo Milo—. Es el ¿sucedió acaso?

—Piensas que es una pérdida de tiempo —repliqué—. ¿No?

Me encogí de hombros. Ambos bebimos.

—Hablamos de una enfermedad terminal, puede que le afectase la cabeza —opinó—. Es solo una teoría más.

Acercó el vaso hacia él, dio vueltas con el palito creando pequeñas olas viscosas. Estábamos en la churrasquería, a unos tres kilómetros al oeste del centro, con dos chuletas delante, ensaladas más grandes que el jardín de muchos y unos Martinis helados.

La una y media del mediodía, una tarde fría de un miércoles, celebrábamos el final de un juicio por un asesinato pasional que había durado un mes entero. La acusada, una mujer cuyas pretensiones artísticas la condujeron a una relación mortal, nos sorprendió a todos declarándose culpable.

Cuando Milo salió de la sala del tribunal, le pregunté por qué había cedido la acusada.

—No ha dado ninguna razón. Puede que haya intentado conseguir la condicional.

—¿Y podría haberla conseguido?

—Yo diría que no, pero si el *zeitgeist* se pone melancólico, ¡quién coño sabe!

—¿Mucha palabrería esta mañana? —pregunté.

—Ética, ambiente social, elige lo que quieras. Lo que quiero decir es que en estos últimos años todo el mundo se cree capaz de erradicar el crimen. Así que hacemos nuestro trabajo demasiado bien y John Q. está contento. El *Times* acaba de emitir una de sus series sensibleras sobre cómo una cadena perpetua por asesinato realmente significa vivir y no es tan trágico. Más de todo esto y volvemos a los dulces días de la libertad condicional.

—Eso significa que la gente lee los periódicos.

Se enfurruñó.

Me habían citado como testigo de la acusación. Me había pasado cuatro semanas de guardia, tres días sentado en un banco de madera en un pasillo largo y gris del edificio del juzgado de lo penal, en Temple.

A las nueve y media de la mañana estaba haciendo un crucigrama cuando Tanya me llamó para decirme que su madre había muerto de cáncer un mes antes y que quería una sesión.

Hacía años que no las había visto a ella o a su madre.

—Lo siento mucho, Tanya. Puedo verte hoy.

—Gracias, doctor Delaware —su voz se cortó.

—¿Hay algo que quieras contarme ahora?

—En realidad no; no es por el dolor. Es algo... Estoy segura de que pensaré que es extraño.

Esperé. Me dijo algo:

—Seguramente creerá que estoy obsesionada.

—En absoluto —le respondí, acostado en el diván de la consulta.

—No lo estoy, de verdad doctor Delaware. Mi madre no habría... Lo siento, tengo que volver a clase. ¿Puede recibirme hoy un poco más tarde?

—¿Qué tal sobre las cinco y media?

—Muchísimas gracias, doctor Delaware. Mi madre siempre le respetó.

Milo cortó el hueso; cogió un trozo de carne para inspeccionarlo. La iluminación hizo que su cara pareciera una lápida.

—¿A ti esto te parece de primera calidad?

—Sabe bien —le dije—. Probablemente no tenía que haberte dicho nada de la llamada: confidencialidad. Pero si resulta ser algo importante, sabes que volveré.

El filete desapareció entre sus labios. Sus mandíbulas trabajaban y los granos de acné de sus mejillas parecían comas bailando. Usó la mano libre para quitarse un mechón de pelo negro de su frente moteada. Mientras tragaba añadió:

—Siento lo de Patty.

—¿La conocías?

—Solía verla en Urgencias, cuando fui con Rick. «Hola, ¿qué tal?» «Que tenga un buen día.»

—¿Sabías que estaba enferma?

—De ningún modo. Lo habría sabido si Rick me lo hubiera contado, pero teníamos una nueva regla: nada de hablar de trabajo fuera del horario laboral.

Cuando un caso está abierto, el horario de un detective de homicidios nunca acaba. Rick Silverman trabajaba en la unidad de Urgencias del Cedars desde hacía años. Los dos no paraban de hablar sobre los límites, pero sus planes se apagaron pronto.

—Entonces, ¿no tienes idea de si trabajaba todavía con Rick? —le pregunté.

—Misma respuesta. Confesar «algo terrible» que hizo, no tiene sentido, Alex. ¿Por qué desenterraría ella los trapos sucios de su madre?

*Porque la joven consigue algo y no quiere dejarlo pasar.*

—Buena pregunta.

—¿Cuándo la trataste?

—La primera vez fue hace doce años, ella tenía siete.

—Doce años exactamente, no es una aproximación —dijo.

—Hay casos que no se olvidan.

—¿Casos duros?

—Lo hizo bastante bien.

—El superloquero suma puntos de nuevo.

—Suerte —le dije.

Me miró. Comió un poco más de filete. Dejó el tenedor.

—Esto no es de primera, como mucho, excelente.

Dejamos el restaurante y Milo volvió al centro, a una reunión para arreglar el papeleo en la oficina del fiscal del distrito. Yo cogí la calle Seis hacia la terminal oeste en San Vicente, donde un semáforo en rojo me dio el tiempo necesario para llamar a urgencias del Cedars-Sinai. Pregunté por Richard Silverman y todavía estaba esperando cuando el semáforo se puso en verde. Colgué y seguí hacia el norte a La Cienaga, luego al oeste por Grace Allen hasta el solar del hospital.

Patty Bigelow, fallecida a los cincuenta y cuatro años. Siempre había parecido tan fuerte...

Dejé el coche en una plaza del aparcamiento para visitantes y caminé hacia la puerta de entrada de la unidad de Urgencias, intentando recordar la última vez que hablé con Rick profesionalmente, cuando me envió a Patty y a Tanya.

Nunca.

Mi mejor amigo era un detective de homicidios gay, lo que no significaba ver con frecuencia al hombre con el que él vivía. En el transcurso de un año, había charlado con Rick media docena de veces cuando cogía el teléfono en su casa, siempre con tono suave, ninguno de los dos quería prolongarlo.

Coincidimos en algunas cenas para las celebraciones, Robin y yo nos reíamos y brindábamos por ellos, y eso era todo.

Cuando llegué a las puertas correderas de cristal, puse mi mejor cara de doctor. Me había vestido para el juicio con un traje azul de raya diplomática, camisa blanca, corbata amarilla y zapatos relucientes. El recepcionista apenas me miró.

Urgencias estaba tranquilo, algunos pacientes ancianos, languideciendo en camillas, ni tensión ni trazos de tragedia en el aire. Me acerqué al mostrador de pacientes y encontré a Rick caminando hacia mí, flanqueado por un par de residentes. Llevaban unos uniformes de hospital salpicados con algo de sangre y Rick una bata blanca larga. Los residentes llevaban unas chapitas. Rick no; todo el mundo sabe quien es.

Cuando me vio, les dijo algo a los demás y se marcharon.

Se acercó al lavabo y se restregó con Betadine, extendió la mano y me llamó:  
—Alex.

Siempre tengo cuidado de no apretar demasiado los dedos que suturan vasos sanguíneos. El apretón de Rick fue la combinación habitual de firmeza y tentativa.

Su cara larga y delgada estaba coronada por finos rizos grises. Su bigote militar se conservaba marrón, pero las puntas habían desaparecido. Bastante elegante pero mejorable; sigue frecuentando el solárium. El tono de bronceado de hoy parecía reciente, puede que de una sesión a mediodía, en lugar de la comida.

Milo mide entre uno ochenta y cinco y uno noventa, dependiendo de cómo su humor afecte a su postura. Su peso está alrededor de los ciento ocho kilos, que es mucho. Rick llega al uno ochenta, pero a veces parece tan alto como Milo, el chicarrón le llamamos, porque siempre tiene la espalda recta y no pasa nunca de los setenta y ocho kilos.

Hoy le vi un poco encorvado, nunca antes lo había notado.

Dijo:

—¿Qué te trae por aquí?

—Me he dejado caer para verte.

—¿A mí? ¿Qué pasa?

—Patty Bigelow.

—Patty —repitió, mirando al cartel de salida—. Me vendría bien un café.

Nos servimos de la cafetera de los médicos y caminamos hasta una sala de reconocimiento vacía que olía a alcohol y metano. Rick se sentó en la silla del médico y yo me senté en la mesa.

Se dio cuenta de que el rollo de papel de la mesa necesitaba ser cambiado y dijo:

—Aparta un segundo.

Lo arrancó. Puso uno nuevo, lo sacudió y se lavó las manos de nuevo.

—Así que Tanya te ha llamado. La última vez que la vi fue apenas unos días después de la muerte de Patty. Necesitaba una mano para recoger los efectos personales de Patty, estaba con la burocracia del hospital, pero incluso después de ayudarla, me dio la impresión de que quería hablar de algo. Le pregunté si necesitaba algo más, me dijo que no. Luego, pasada una semana, me llamó por teléfono, me preguntó si aún ejercías o si trabajabas en exclusiva para la Policía. Le dije que por lo que sabía, siempre estabas disponible para antiguos pacientes. Me dio las gracias y de nuevo, tuve la impresión de que se contenía. No te dije nada por si ella no seguía adelante. Me alegro de que lo haya hecho. Pobre chiquilla.

—¿Qué tipo de cáncer tuvo Patty? —pregunté.

—Pancreático. Para cuando se lo diagnosticaron, había afectado a todo el hígado. Un par de semanas antes, noté que tenía mal aspecto, pero Patty a medio gas rendía más que la mayoría de gente a toda máquina.

Rick parpadeó.

—Cuando vi que estaba icterica, le insistí para que se lo examinara. Tres semanas más tarde nos abandonó.

—Hay criminales de guerra nazis que llegan hasta los noventa y ella muere. —Se masajeaba una mano con la otra—. Siempre imaginé a Patty como una de esas intrépidas mujeres colonizadoras que pueden cazar un visón o cualquier otra cosa, despellejarlo, carnearlo, cocinarlo y convertir los despojos en algo útil.

Se estiró uno de los párpados.

—Todos estos años trabajando con ella y no pude hacer nada para cambiar el final. Le conseguí la mejor oncóloga que conozco y me aseguré de que Joe Michelle, nuestro anestesista jefe, tratara personalmente el dolor.

—¿Pasaste mucho tiempo con ella al final?

—No tanto como hubiera debido —dijo—, pasaba de vez en cuando, tuvimos alguna pequeña conversación y me echó. Se lo reproché para asegurarme de que de verdad quería que me fuera. Quería.

Se tiró del bigote.

—Durante todos estos años fue mi enfermera, pero aparte de algún café de forma ocasional en esta cafetería, nunca tuvimos mucho trato, Alex. Cuando entré, era uno de esos que solo pensaban en el trabajo, nada de bromas. Mis empleados se las arreglaron para hacerme ver que mis formas eran un error y amplíé mi vida social. Celebración de fiestas, una

lista con el cumpleaños de cada persona para asegurarme de que hubiera siempre pasteles o flores, todo este tipo de cosas para subir la moral del personal. —Sonrió—. Un año, en la fiesta de Navidad, el chicarrón aceptó ser Santa Claus.

—Vaya imagen.

—«Ho, ho, ho», refunfuñaba. Gracias a Dios no había niños que se sentaran en su regazo. Lo que quiero decir, Alex, es que Patty no estaba ni en esa fiesta ni en ninguna otra. Siempre se iba directa a casa cuando acababa su turno de trabajo. Cuando intentaba convencerla de algo diferente, solo conseguía un «Te quiero, Richard, pero me necesitan en casa».

—¿La responsabilidad de una madre soltera?

—Eso creo. Tanya era la única persona a la que Patty permitía estar en su habitación en el hospital. Los adolescentes parecen más dulces. Estaba en el curso de preparación para empezar Medicina, pensaba en psiquiatría o neurología. Puede que le causarás buena impresión.

Se levantó, extendió los brazos sobre la cabeza. Se volvió a sentar.

—Alex, la pobre chiquilla no tiene ni veinte años y ya está sola. —Cogió el café, miró dentro de la taza, no bebió—. ¿Hay alguna razón por la que te hayas molestado en venir hasta aquí?

—Pensaba que a lo mejor había algo sobre Patty que debiera saber.

—Cayó enferma, murió, es un asco —dijo—. ¿Por qué me da la impresión de que esto no es lo que andas buscando?

Consideré cuánto debía contarle. Técnicamente, podía considerarlo como un médico de referencia. O no.

—El deseo de Tanya de verme no tiene nada que ver con el dolor —le dije—, quiere hablar sobre «algo terrible» que Patty confesó in extremis. Movié la cabeza hacia delante.

—¿Qué?

—Eso es todo lo que me ha dicho por teléfono. ¿Tiene algún sentido para ti?

—A mí me suena ridículo. Patty era la persona más moral que he conocido. Tanya está estresada. La gente dice todo tipo de cosas cuando está bajo presión.

—Podría ser.

Reflexionó durante un instante.

—Puede que ese «algo terrible» sea que Patty se sentía culpable por dejar a Tanya. O simplemente decía tonterías por lo enferma que estaba.

—¿La enfermedad afectó su cognición?

—No me extrañaría, pero no es mi campo. Habla con su oncóloga. Tziporah Ganz.

Sonó su busca y leyó el mensaje de texto:

—Unidad de urgencias del Beverly Hills, llegada de infarto en breves momentos... Debo ir a intentar salvar una vida, Alex.

Me acompañó hasta las puertas de cristal y le agradecí su tiempo.

—Por lo que a mí respecta, estoy seguro de que todo este melodrama se quedará en nada. —Encogió los hombros—. Pensaba que el chicarrón y tú estaríais metidos en el juzgado por el resto del siglo.

—El caso se cerró esta mañana. Sorprendentemente se ha declarado culpable.

El busca sonó de nuevo.

—Puede que sea él dándome las buenas noticias... no, más datos de la ambulancia... varón de ochenta y seis años con pulso casi inexistente... al menos hablamos de alguien que ha disfrutado de toda una vida.

Guardó el busca.

—No quiero decir que sirva de algo hacer estos juicios de valor, claro.

—Claro.

Nos dimos de nuevo la mano.

—La principal «cosa terrible» es que Patty se ha ido. Estoy seguro de que todo será por el estrés de Tanya. La ayudarás a comprenderlo.

Mientras me giraba para marcharme, añadió:

—Patty era una enfermera estupenda. Tenía que haber asistido a alguna de aquellas fiestas.

Mi casa está bastante por encima de Beverly Glen, blanca como el papel y de ángulos afilados, una mancha pálida en el verde. A veces cuando me acerco, me parece un lugar extraño, decorado por alguien frío y poco sensible. En el interior, las paredes son altas y con grandes ventanales, suelo resistente, mobiliario poco estridente para suavizar las esquinas. Un silencio autoritario con el que vivo desde que Robin ha vuelto.

Esa semana estaba fuera, en una convención de lutieres en Healdsburg, mostrando dos guitarras y una mandolina. De no ser por el juicio, habría ido con ella.

Hemos vuelto después de dos rupturas, parece que nos va bien. Cuando empiezo a preguntarme por el futuro, me detengo. Para decirlo de forma elegante, eso es terapia de comportamiento cognitivo.

Junto con su ropa, los libros y sus lápices de dibujo, trajo un bulldog francés color beis de diez semanas y me concedió los honores de elegir su nombre. La perrita crecía rodeada de extraños, así que la bauticé *Blanche*.

Ahora tiene seis meses y es una bola chata, barrigona y arrugada de serenidad que pasa la mayor parte del día durmiendo. Su predecesor, un semental batallador de manchas llamado *Spike* murió en paz, de viejo. Lo recogí yo, pero él eligió a Robin como su objeto de deseo. Al menos, *Blanche* no hacía distinciones.

La primera vez que Milo la vio, dijo:

—Se podría llegar a decir que esta al menos es bonita.

*Blanche* hizo un sonido parecido a un ronroneo, frotó su huesuda cabeza contra su espinilla y abrió los labios.

—¿Me está sonriendo o me lo parece a mí?

—Sonríe —respondí—. Lo hace.

Se agachó y la miró de cerca. *Blanche* le lamió la mano, se movió para acurrucarse.

—¿Es de la misma raza que Spike?

—Se parecen como tú a Robin —dije.

Ningún ladrido de bienvenida cuando pasé por la cocina y entré en el lavadero. *Blanche* estaba durmiendo en su cajón, con la puerta abierta. Mi susurro de buenas tardes le hizo abrir uno de sus enormes ojos marrones. La colilla natural que les sirve de rabo a los bulldog franceses empezó a moverse frenéticamente pero el resto de su cuerpo permaneció inerte.

—Eh, bella durmiente.

Levantó el otro párpado, bostezó, consideró sus opciones. Finalmente, salió y se agitó para despertarse. La cogí y la llevé hasta la cocina. El ruido al abrir el bote de hígado habría hecho que *Spike* se volviera loco. *Blanche* me dejaba sujetar el bote mientras ella mordisqueaba con delicadeza.

La llevé a la habitación y la coloqué en una silla. Suspiró y volvió a dormirse.

—Eso es porque soy un tipo superinteresante.

Busqué en el armario del almacén el expediente de Tanya Bigelow, lo encontré en la parte de abajo de un cajón y lo leí por encima. Tratamiento inicial a los siete años, un seguimiento tres años después.

Nada relevante en mis notas. Ninguna sorpresa.

A las cinco y veinte sonó el timbre.

Una joven rubia, de piel clara, con una camisa blanca de cordones y vaqueros ajustados estaba de pie en el rellano de la puerta.

—Está exactamente igual, doctor Delaware.

Aquella niña más pequeña de lo normal se había metamorfoseado en toda una mujercita. Busqué en mi memoria alguna peculiaridad, me acordé de varias: la misma cara triangular, mentón cuadrado, pálidos ojos verdes. Labios temblorosos.

Me pregunto si la habría conocido de verla en la calle.

—Tú has cambiado un poco —dije, haciendo una señal para que entrara.

—Eso espero, por supuesto —replicó—. La última vez era una niña.

Los antropólogos dicen que el pelo rubio es atractivo porque pocas rubias siguen siéndolo con el tiempo, representa a la juventud. Los rizos amarillos de Tanya se habían suavizado en ondas de color miel. Llevaba el pelo largo, recogido con una cola alta, sujeta con palillos orientales negros.

Ningún parecido con Patty en absoluto.

¿Por qué tendría que haberlo?

Nos dirigimos hacia el pasillo. Mientras nos acercábamos al despacho, *Blanche* se levantó, se agitó y caminó hacia adelante. La cogí en brazos.

—Ahora sí, algo diferente —apuntó Tanya—. Los únicos animales que tenía la última vez eran aquellos magníficos peces.

—Todavía están aquí.

Se aproximó para acariciar al perro, cambió de idea.

—Su nombre es *Blanche*. Es muy cariñosa y sociable.

Tanya alargó con cuidado un dedo.

—Hola, guapa.

El cuerpecito rotundo y gelatinoso de *Blanche* era como el de un cachorro tembloroso. Una nariz húmeda y negra olisqueó en dirección a Tanya. Sus labios carnosos se ondularon.

—¿Estoy antropomorfoseando, doctor Delaware, o está sonriendo?

—No lo estás, sonrío.

—¡Qué mona!

—La volveré a dejar en su cajón y empezaremos.

—¿Un cajón? ¿Es necesario?

—Hace que se sienta más segura.

Me miró dudosa.

—Piensa en un bebé en la cuna —dije— y ahora imagínalo dando vueltas por un espacio abierto.

—Lo imagino —respondió—, pero no la eches por mí. Me encantan los perros.

Tocó la parte superior de la cabeza de *Blanche*.

—¿Quieres cogerla?

—Yo... si ella se siente bien.

*Blanche* aceptó bastante bien el transporte, ni un movimiento. Alguien debería estudiar su cerebro químicamente y empaquetarlo.

—Está tan calentita, eh, guapa, ¿es un doguillo?

—Un bulldog francés. Si pesa demasiado...

—No se preocupe, soy más fuerte de lo que parece.

Nos sentamos en unas butacas, una frente a la otra.

—Una piel agradable —dijo ella, acariciando un brazo—. Es como...

Miró hacia abajo, a *Blanche*.

—¿La estoy sujetando correctamente?

—Perfecto.

Miró alrededor de la habitación.

—Nada de lo que hay aquí ha cambiado, pero el resto de la casa es totalmente diferente. Era más pequeña. Con madera en los laterales, ¿verdad? Al principio pensé que no tenía la dirección correcta.

—La reconstruimos hace algunos años. Un psicópata tomó la decisión por nosotros, quemando todo lo que poseíamos.

Tanya dijo:

—Resulta sumamente elegante.

—Gracias.

—Bien —contestó—. Aquí estoy.

—Me alegra verte, Tanya.

—Igualmente. —Miró alrededor—. Probablemente piense que debería hablar sobre la muerte de mi madre.

—Si lo deseas.

—En realidad, no, doctor Delaware, no estoy deprimida, esto ha sido una pesadilla. Nunca pensé que viviría algo tan terrible. Pero estoy manejando mi dolor todo lo bien que cabría esperar, ¿suena eso a depresión?

—Tú eres el mejor juez para saberlo, Tanya.

—Bien —asintió—, creo que lo estoy. No reprimo mis sentimientos. Al contrario, lloro. Dios mío. Llora sin parar. Todavía me levanto por la mañana esperando verla, pero...

Sus ojos se empañaron.

—No ha pasado mucho tiempo —dije.

—A veces parece como si fuera ayer. A veces, es como si nunca se hubiese ido... creo que ya estaba enferma antes de decirlo.

—¿No se sentía bien?

—Simplemente no era ella en las últimas semanas.

Lo mismo que Rick había dicho.

—No era algo que le impidiese seguir haciendo turnos dobles, cocinar u organizar la casa, pero perdió el apetito y empezó a perder peso. Cuando saqué el tema, dijo que no había ningún problema, que por fin podría estar delgada. Pero eso era lo raro, mi madre nunca había podido perder peso, no importa lo mucho que lo intentara. Estoy preparándome para estudiar Medicina, sé lo bastante de biología como para pensar en la diabetes. Una noche, casi no había tocado su cena, le hablé de lo que estaba pasando. Me contestó que solo era la menopausia, nada grave. Pero ella había empezado con la menopausia dos años antes y las mujeres normalmente ganan peso, no lo pierden. Se lo dije, pero me echó. Finalmente, una semana más tarde, se vio obligada a hacerse un examen.

—¿Obligada por quién?

—El doctor Silverman notó el amarillo de sus ojos e insistió. Pero incluso con eso, antes de aceptar ver a un médico, se hizo un análisis de sangre en la unidad de urgencias. Cuando llegaron los resultados, el doctor Silverman ordenó un TAC. El tumor se encontraba justo en medio del páncreas y había metástasis en el hígado, el estómago y los intestinos. Decayó muy rápidamente. A veces me pregunto si la conmoción de saberlo hizo que se rindiera. O si simplemente era el curso natural de la enfermedad.

Se sentaba con la espalda recta, los ojos secos. Acariciaba lentamente a *Blanche*. Alguien que no la conociera la habría considerado indiferente.

—¿Cuánto tiempo estuvo enferma?

—Desde el día del diagnóstico, veinticinco días. La mayoría en el hospital, estaba demasiado débil para vivir en casa. Al principio intentó siempre demostrar su mal genio: se quejaba de que no le llevaban su bandeja a tiempo, decía que aquella flota de enfermeras no era como las enfermeras normales, no le cuidaban lo suficiente. En cada turno, insistía en leer su informe, hacía que la repitieran los controles de sus señales vitales. Supongo que así sentía que seguía teniendo el control. Mi madre siempre fue buena en mantener el control. ¿Le habló alguna vez de su juventud?

—Un poco.

—¿Lo bastante como para saber lo que le sucedió en Nuevo México?

Asentí con la cabeza.

Apretó sus pequeñas manos.

—Es un milagro que pudiera convertirse en una persona tan maravillosa.

—Era una persona estupenda —dije yo.

—Era una persona increíble.

Tanya estudiaba un grabado en la pared izquierda.

—Aquella primera semana en el hospital, fue una déspota absoluta. Luego cayó demasiado enferma para luchar, casi todo el tiempo dormía y leía revistas para mujeres, lo que ella llamaba revistas de las celebridades. Ahí fue cuando supe que estaba realmente mal.

Metió los labios hacia adentro.

—*US, People, Star, OK*. Ese tipo de periodicuchos de los que siempre se había burlado cuando yo los compraba para leerlos el fin de semana. No soy una fan de los famosos, pero me paso quince horas a la semana en la biblioteca de la universidad y además, me preparo para la carrera de Medicina, ¿por qué no disfrutar de un pequeño desliz? A mi madre le encantaba bromear conmigo. Su lectura por placer consistía en libros de inversión, la sección de economía y algunas publicaciones para enfermeras. La gente solía subestimarla.

—Grave error de juicio —añadí.

Acariciaba a *Blanche*.

—Cierto, pero la imagen de chica pueblerina podía volverse en su contra. Me contó que antes de que conociera al doctor Silverman, nunca recibió lo que merecía de sus jefes. Él la apreciaba, se aseguró de que ella recibiera los ascensos que le correspondían... de cualquier modo, creo que puede ver que estoy trabajando para manejar mi dolor. No me reprimo. Justo al contrario, me fuerzo a mí misma a recordar todo lo que puedo. Como cuando tienes una astilla y se clava más hondo.

Asentí con la cabeza.

—A veces —dijo—, alucino, lloro, me canso tanto que no siento nada. Lo peor son las noches. Tengo sueños continuamente. Eso es normal, ¿no?

—¿Sueños en los que ella aparece?

—Más que eso. Ella está ahí. Me habla. Veo cómo se mueven sus labios, oigo el sonido, pero no puedo entender las palabras, es frustrante... A veces, puedo olerla, cómo olía por la noche, pasta de dientes y polvos de talco, es tan intenso... Luego me despierto y no está ahí y siento como si me desinflara. Pero sé que es lo normal. He leído varios libros sobre el dolor.

Recitó una media docena de títulos. Conocía cuatro. Dos eran buenos.

—Los encontré en la web, elegí los que mejor aceptación habían tenido. —Se estremeció y siguió—. Solo tengo que superarlo. Pero necesito que me ayude con... Y por favor, perdóneme porque ni siquiera estoy segura de que sea usted la persona con la que debería hablar. —Sus mejillas se colorearon—. Pensé en hablar con el doctor Silverman... me puse en contacto con usted porque mi madre le respetaba. Yo también, claro. Usted me ayudó... —Apretó de nuevo los labios. Golpeó un pulgar con el otro.

Me sonrió.

—No tiene permiso para enfadarse, ¿de acuerdo?

—¿Por qué debería enfadarme?

—Para ser totalmente honesta, bien, se lo contaré. La verdadera razón por la que estoy aquí es porque usted trabaja con ese detective: el amigo del doctor Silverman. Habría ido directamente a hablar con el doctor Silverman, pero la verdad es que no le conozco tanto y usted era mi terapeuta, así que puedo contarle cualquier cosa. —Suspiró profundamente—, ¿verdad?

—Quieres que te ponga en contacto con el detective Sturgis.

—Si cree que puede ayudar...

—¿Con...?

—Con la investigación —dijo—. Descubriendo exactamente lo que pasó.

—Ese «algo terrible» que tu madre confesó.

La segunda semana sufrió mucho —dijo—. Eso era lo más importante para todos menos para mi madre.

—Lo más importante para ella era...

—Acabar de arreglarlo todo. O como ella decía echar los restos al caldero. Al principio, me molestaba. Quería cuidarla, decirle cuánto la quería, pero cuando empezaba a hacerlo, ella cortaba por lo sano. «Hablemos de tu futuro», me decía penosa y lentamente, con dificultad. Ahora pienso en que será un futuro sin ella.

—Puede que eso la distrajera del dolor.

Los músculos alrededor de sus ojos se estremecieron.

—El doctor Michelle, el anestésista, le había enchufado un goteo de morfina. La idea era proporcionarle un flujo constante para que sintiera las menores molestias posibles. La mayoría del tiempo lo cerraba. Oí al doctor Michelle decir a una enfermera que debía estar sufriendo, pero no había nada que pudiese hacer. ¿Recuerda lo obstinada que podía llegar a ser?

—Tenía unas opiniones bien definidas.

—Los restos al caldero —decía—. Ella me enseñaba y yo tenía que tomar notas, había muchos detalles. Era como estar en el colegio.

—¿Qué tipo de detalles?

—Económicos. La seguridad económica era muy importante para ella. Me habló de un fondo de inversiones que abrió para mi educación cuando yo tenía cuatro años. Ella pensaba que yo no tenía ni idea, pero yo solía oírla cuando hablaba con su agente por teléfono. Fingí sorprenderme. Había dos pólizas de vida de las que yo era la única beneficiaria. Se sentía muy orgullosa de haber liquidado la hipoteca, de no tener deudas. Entre mi trabajo y las inversiones, podría pagar los impuestos de propiedad y las facturas rutinarias. Me ordenó vender mi coche, de hecho, me indicó el valor de tasación y

que me quedara el suyo, que era más nuevo y necesitaría menos mantenimiento. Me detalló cuánto podría gastar mensualmente, me dijo que pasara con menos si podía, pero que siempre fuera bien vestida, las apariencias cuentan. Luego estaban también todos los números de teléfono: agente, abogado, contable, fontanero, electricista. Ya se había puesto en contacto con todos, esperaban a que les llamara. Tenía que hacerme cargo de mi propia vida y ella esperaba que yo fuera lo suficientemente madura para arreglármelas. Cuando llegó a la parte sobre vender su ropa en un mercadillo o en eBay, empecé a llorar y le supliqué que parara.

—¿Lo hizo? —pregunté.

—Las lágrimas siempre funcionaban con mi madre. Cuando era pequeña me aprovechaba de eso.

—Todos esos planes para tu futuro deben de ser abrumadores.

—Seguía hablándome sobre los impuestos de propiedad y yo pensaba: pronto ya no existirá. Eso la animaba, doctor Delaware, pero era duro. Yo tenía que repetir lo que había aprendido, como en un concurso de música pop.

—Saber que la habías entendido era un alivio para ella.

—Espero que sí. Solo deseo que hubiéramos podido pasar más tiempo... es egoísta, la clave es pensar en la persona que sufre, ¿verdad?

—Por supuesto.

Se abrazó a sí misma con una mano, mantuvo la otra sobre *Blanche*. *Blanche* le lamía la mano. Tanya empezó a llorar.

Al soltarse el pelo, dejó caer una melena rubia que sacudió con violencia antes de volver a hacerse el moño y enredar los palillos orientales.

—Bien —dijo—. Llegaré al punto final. Era viernes por la noche, fui al hospital más tarde de lo normal porque tenía laboratorio de química orgánica y mucho que estudiar. Mi madre parecía tan débil que no podía creer que hubiera cambiado tanto desde la mañana. Tenía los ojos cerrados, la piel color gris verdoso, sus manos eran como paquetes de palillos. Las revistas estaban apiladas a su alrededor, parecía como si se la hubiera tragado el papel. Empecé a asustarme. Abrió los ojos y susurró algo que no pude oír, así que acerqué el oído a sus labios.

Le daba vueltas a uno de los palillos.

—Al principio no pude ni notar su respiración y me alejé, asustada. Pero me estaba mirando directamente, todavía había luz en su interior. ¿Recuerda sus ojos? ¿Lo penetrantes y oscuros que eran? Estaban igual entonces, doctor Delaware, fijos en mí, mirándome. Movía los labios, pero estaban tan secos que el sonido no podía salir. Humedecí una toallita e hice una pequeña doblez con la que la rocé; me incliné y tocó

mi mejilla con los labios. Entonces consiguió, de alguna manera, levantar la cabeza para acercarse, así que me incliné más. Pasó una de sus manos por detrás de mi cuello y apretó. Yo podía sentir el tubo del goteo rozando por detrás de mi oreja.

Miró alrededor y siguió:

—Necesito andar.

Colocó a *Blanche* en el suelo y se levantó. *Blanche* caminó y se sentó en mi regazo.

Tanya atravesó la habitación dos veces, luego, volvió a su butaca, pero siguió de pie. Se le soltó un mechón de pelo, que le cayó delante de uno de los ojos. Su pecho palpitaba.

—Su respiración era como el hielo. Empezó a hablar de nuevo, pronunciando las palabras con dificultad. Lo que dijo fue: «Actué mal». Luego, lo repitió. Le dije que ella no podría nunca haber hecho nada malo. Habló tan fuerte que me hizo daño en el oído: «Algo terrible, pequeña» y sentí como temblaba su voz.

Se masajeó las sienes, lo dejó, respiró profundamente.

—Esto es lo que no le dije por teléfono. Ella me dijo: «Lo maté. Cerca. Debes saberlo. Saberlo.» Todavía estoy intentando entenderlo. No había ningún hombre en su vida personal, así que no podía decir «cerca» hablando de una relación. Lo único que se me ocurre es que fuera literal. Alguien que viviese cerca de nosotros. He estado estrujándome el cerebro para ver si puedo recordar algún vecino que muriera de forma extraña, pero no puedo. Justo antes de venir a verle, vivíamos en Hollywood y recuerdo haber oído sirenas muy a menudo y una vez a un borracho que golpeó la puerta, pero eso es todo. Además, me cuesta creer que pudiera dañar a alguien de forma deliberada.

Se sentó.

—No sabes qué pensar —dije.

—Pensaré que es una locura. También yo lo pensé. Me resistí a aceptarlo, pero no puedo dejar de pensarlo. No es por mis tendencias. Mi madre siempre quiso que yo aprendiera la verdad. A eso se refería cuando dijo: «Debes saberlo». Para ella era importante que yo lo entendiera, porque durante la última semana había estado organizando mi futuro y aquello era parte de él.

Seguí en silencio.

—Puede que sea una locura. Pero lo menos que puedo hacer es comprobarlo. Por eso pensé que quizá el detective Sturgis podría hacer una búsqueda con el ordenador en los lugares en los que vivimos para ver si ocurrió algo cerca, algo de lo que no nos enteramos, eso es todo.

*La generación cibernética.*

—El sistema informático LAPD es bastante primitivo, pero se lo pediré. Antes de seguir con esto, deberías considerar si...

—Si estoy preparada para conocer algo tan terrible. La respuesta es no, la verdad es que no. En realidad, no creo que mi madre matara a nadie. Eso sería de locos. Lo que pienso es que en el peor de los casos, se vio involucrada en algún tipo de accidente del que se culpaba y quería asegurarse de que no se volvería en mi contra. Como en una acusación legal. Quería asegurarse de que yo estaría preparada.

Se reclinó en la butaca, se manoseaba el pelo, jugaba a esconder su mirada tras una cinta de tela larga y gruesa, la dejó caer.

—Después de que te dijera todo aquello, ¿qué dijiste tú? —pregunté.

—Nada, se quedó dormida. Fue como si se hubiera quitado una gran carga de encima y ya pudiera descansar en paz. Fue la primera vez desde que estaba hospitalizada que parecía tranquila. Me senté allí un momento. Entró su enfermera, comprobó sus señales vitales y abrió el goteo de morfina, dijo que estaría fuera de juego otras seis horas, que podía irme y volver más tarde. Me quedé por allí un poco más y al final me fui a casa porque tenía que estudiar para un examen.

Una de las manos arañaba el brazo de la butaca.

—La llamada llegó a las tres de la mañana, nos había dejado mientras dormía.

—Lo siento mucho, Tanya.

—Me dijeron que no había sufrido. Me gustaría pensar que se fue en paz porque fue capaz de expresar todo aquello antes de morir. Necesito honrar su memoria y seguir con esto. Desde que murió, he estado reviviéndolo cada día de mi vida. «Algo terrible.» «Lo maté. Cerca.» A veces parece ridículo, como una de esas escenas cursis que se ven en las películas antiguas: «El asesino es...» y luego la persona da un paso atrás y cierra los ojos. Pero sé que mi madre no habría perdido el tiempo y la energía que tenía si no fuera importante. ¿Hablará con el detective Sturgis?

—Naturalmente.

—Puede que si le dice cómo era mi madre, no pensará que estoy pirada. Estoy tan contenta de haber venido a verle. Usted sabe que ella era mucho más que la mejor de las madres. Yo no salí de su vientre y cuando Lydia me abandonó, lo más fácil habría sido mandarme fuera, a alguna parte, y haber seguido con su vida. En lugar de eso, me dio una vida.

—Tú le diste sentido a su vida, también.

—Así lo espero.

—Estaba orgullosa de ti, era evidente, Tanya.

—Se equivocaba, doctor Delaware. Sin ella yo no sería nada.

Eché una mirada rápida al reloj.

—Todavía tenemos tiempo —le dije.

—Esto es todo lo que tenía que contarle —se levantó de nuevo. Sacó del bolsillo un sobre blanco americano que me había traído. Se leía P. L. Bigelow en el membrete de la solapa, una dirección en la avenida Canfield. En el interior había una hoja doblada perfectamente en tres pliegues. Escrita a máquina, centrada.

Otras cuatro direcciones, cada una acompañada con la letra manuscrita de Tanya.

Avenida Cherokee, Hollywood. Vivimos aquí cuatro años, desde que tenía tres hasta los cuatro.

Avenida Hudson, Hancock Park. Dos años, de los siete a los nueve más o menos.

Calle Cuarta, distrito de Wilshire. Un año, de los nueve a los diez.

Bulevar Culver, Culver. Dos años, de los diez a los doce, luego compramos el dúplex.

Había construido la cronología según su edad. Jugaba a ser adulta, pero su mundo se centraba en ella misma, como en los adolescentes.

—Puede que lo que pasara, fuera lo que fuera, sea relativamente reciente —dije.

Simulaba haberla creído.

—¿En Canfield? No, aquí estaba todo muy tranquilo. Y yo ya era mayor cuando nos mudamos, me habría enterado si hubiese pasado algo en el vecindario. De todos modos, renuncio a cualquier confidencialidad, así que puede decirle todo lo que desee al detective Sturgis. Lo he dejado escrito aquí.

Sacó del bolso otro papel arrugado. Una nota manuscrita, redactada con un lenguaje rebuscado típico de la jerga legal de un *amateur*. Luego escribí un cheque, por la cantidad de una factura con descuento que le cobré a su madre diez años antes. Un veinte por ciento de lo que cobraría hoy en día.

—¿Está bien así?

—Por supuesto.

Se dirigió hacia la puerta.

—Gracias, doctor Delaware.

—¿Habló tu madre sobre algún caso de negligencia médica en el hospital?

—No. ¿Por qué?

—La unidad de Urgencias es de alto riesgo. ¿Y si un paciente que estuviera tratando hubiera muerto y ella se sintiera responsable?

—No es posible que hubiera causado la muerte de nadie, doctor Delaware. Ella sabía mucho más que algunos médicos.

—Los juicios no siempre dependen de la verdad —dije—. En un hospital, a veces los abogados van a por cualquier persona que tocara al paciente.

Se apoyó en la puerta.

—Negligencia. Dios mío, ¿por qué no pensé en eso? Puede que tenga algún juicio enorme pendiente y estuviera preocupada de que intentaran tocar el fondo de inversiones. Quería contarme más, pero no tuvo fuerzas. Usted es realmente brillante, doctor Delaware.

—Solo es una sugerencia.

—Pero muy buena. Parquedad científica, ¿verdad? Buscar la respuesta más simple. No puedo creer que no se me ocurriera.

—Has tenido muchas cosas en la cabeza. Llamaré al doctor Silverman ahora mismo.

Contacté con la unidad de Urgencias. El doctor Silverman estaba en una operación.

—Me devolverá la llamada. Si tengo algo que contarte, prometo llamarte de inmediato.

—Muchísimas gracias doctor Delaware, pero si me permite, ¿podemos confiar en que el doctor Silverman nos informará? Puede que sus abogados le hayan dicho que no hable con nadie, bien, perdone, es una idiotez. Estoy siendo una paranoica.

—¿Sigues queriendo que hable con el detective Sturgis?

—Solo si el doctor Silverman le dice que no hubo negligencia por parte de mi madre, pero algo me dice que ha dado en el clavo. Ella siempre me decía que usted era brillante.

Hace diez años, el tratamiento que siguió conmigo fue prácticamente nada. Le sonreí y la acompañé fuera.

Cuando llegamos a su camioneta, le dije:

—Cuando esto esté resuelto, ¿quieres que continuemos con un par de sesiones más?

—¿Para conseguir qué?

—Me gustaría saber algo más sobre cómo vives y a quién tienes para que te apoye.

—Mi vida no ha cambiado. El dúplex está completamente pagado y los inquilinos del piso de abajo son una familia muy amable, los Friedman. Su renta cubre los gastos y algunos extras. Están en Israel porque el doctor

—No fue una confesión, fue como... había intención en ello, doctor Delaware, intención y determinación. Justo como reaccionaba mi madre cuando un problema debía resolverse. Estará pensando que soy ridícula, ella estaba enferma, le había afectado al cerebro. Pero aun estando tan enferma, era evidente que quería que le prestara atención.

—A aquello tan terrible.

Parpadeó.

—Me pican los ojos, ¿tendría un pañuelo, por favor?

Frotándose los párpados, suspiró.

La nariz de *Blanche* se hinchó. Tanya la miró.

—¿Me está imitando?

—Piensa que es empatía.

—¡*Uau!* Es la perrita perfecta para un psicólogo.

De repente, sonrió.

—¿Ella cuándo se saca la licencia?

—Habla con ella —respondí—. Quiere ser abogada.

Cuando paró de reírse, preguntó:

—¿Qué ha sido eso? ¿Terapia cómica?

—Tómalo como una pausa para respirar.

—Bien... entonces, ¿puedo contarle exactamente lo que pasó?

*Eso es para lo que me pagan.*

—Te escucho —contesté.